

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

INVITACION

La riqueza folklórica de nuestra comarca es incalculable, genuina, profunda y expresiva, como nuestro refranero.

Se publica un pequeño ramillete entresacado de los primeros XXX fascículos de esta obra con la esperanza de que su lectura haga meditar a los observadores y les anime a mandarnos aquellos sucesos, chascos u ocurrencias recordadas como notables en cada pueblo y que son rasgos ancestrales de la raza, para incluirlos en los estudios generales de nuestra zona indicando su procedencia.

Serán de gran utilidad para el conocimiento de nuestra tierra que sabrá corresponder al interés de sus hijos manifiesto en las aportaciones de cada uno.

Apéndice del fascículo XXXVI
sobre las plazas mayores de
algunos pueblos manchegos

SEMBRAR

Sobre el horizonte, envuelto en la bruma otoñal se percibe la silueta arqueada y movable del sembrador. Con la "sementera" al hombro parece un peregrino que escancia el contenido de su calabaza esparciéndolo por el haza rasa y seca.

Nada, aparte de su fe, le puede inducir a la labor ruda con la idea de la recompensa, pues si la sucesión de los ciclos indica como probable la cosecha, nada existe que la garantice con seguridad.

Sobre esta cualidad, común a toda sembradura, se destaca en el cultivo intelectual, la impropiedad de cualquier intento interesado que empañaría la pureza ascética.

Hay, sí, la convicción, tantas veces repetida en estas páginas, de que ningún esfuerzo se pierde, que el trabajo realizado con entusiasmo y recta intención, da su fruto siempre. Eso lo sabe el gañán que arroja los granos a puñados sobre la tierra y el intelectual debe imitarle con sus ideas y tirarlas al aire como simientes que con el tiempo germinen y florezcan dulcificando la gleba espesa de la indiferencia.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

En los Santos
del año 1974

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Apéndice del fascículo
XXXVI sobre las plazas
mayores de algunos pue-
blos manchegos.

Ofrecimiento

Cualquier lector, aún el que lo haga por primera vez, puede preguntarnos lo que desee y tener la seguridad de que nuestro hábito de guardar el secreto profesional no ha de fallar en este punto y que no haremos jamás mal uso de la confianza que deseamos merecer.

Conste a todos que quedamos dispuestos a recibir sus notificaciones más o menos confidenciales para proceder con arreglo a lo que se pueda y a los deseos de cada cual, sin dar ningún paso que no sea de acuerdo mutuo.

Gracias anticipadas en nombre de la madre tierra que será la favorecida.

INDICE

Portada
Invitación
Contraportada 1. ^a
Sembrar
Contraportada 2. ^a
Siesta
Página 1
Ofrecimiento
Página 2
Los Sucedidos
Página 3
Chascos
Página 4
Dichos y hechos
Páginas 11 y 12
Normas útiles para los viejos
Página 22
El calor del viejo
Página 23
Los trabajos y los días
Página 24
Sino y signo de la tierra

LOS SUCEDIDOS

El concepto de sucedido es tan amplio en Alcázar que se confunde con otros varios difíciles de diferenciar.

En sí es hecho, suceso o acontecimiento ocurrido, sucedido, naturalmente, pero vemos en lo publicado que el sucedido muchas veces es mera anécdota. Otras parece cuento o alcanza categoría de proverbio y en todo caso si como fábula alecciona y como apólogo moraliza, alcanza a menudo categoría de rasgo ancestral de nuestra raza, valedero para nuestro conocimiento, porque los cuentos arrancan de la época primitiva de la Humanidad, como necesidad congénita de la especie y según las variantes se pueden conocer por ellos las cualidades de los núcleos humanos que los produjeron. Es decir, que no son chistes, aunque hagan de reír, ni sandeces, aunque su candidez les haga parecer necios. Son lo que fue el mundo que los creó y en nuestro propio vivir observamos como prueba que lo visto u oído de chicos, mantenido vivo por transmisión oral, es ya para algunos como fruto de la imaginación o novela, como nos lo parecen los cuentos de las MIL Y UNA NOCHES que es una síntesis vital de un sector humano considerable.

No es despreciable, pues, la importancia de los sucedidos ni balda su inclusión en una obra como ésta, deseosa de penetrar en la psicología de un pueblo, en sus costumbres, en sus creencias y sentimientos mas o menos rudos, pero que se da hasta sus normas morales en sus fábulas, como nos enseñó el Señor con las parábolas, pues del cuentecillo se llega al adagio, al refrán y al proverbio.

El sucedido no solo define al personaje de cuya boca salió, sino toda una época del lugar, con sus opiniones candentes que escapan a la labor fría del historiador y tiene por tanto un valor sociológico transcendente, con la ventaja, como nos decía Azorín, que no son informaciones librescas, sino brotes espontáneos de nuestro natural, pruebas concretas de nuestro modo de ser y de apreciar la vida, con nuestras dudas, nuestras vacilaciones y nuestras perplejidades, destellos de nuestra mente, que no son cuentos, como con el tiempo llega a decirse de ellos, aunque por ello sean uno de los hechos mas notables de la vida de los pueblos y a la postre la demostración o mejor prueba de cómo se ha desenvuelto la vida en cada sitio, que es su romance o novela que se hace historia al cabo.

Veamos algunos ejemplos, entresacados de los primeros treinta libros publicados.

CHASCOS

Se dice que nos llevamos chasco cuando no se logran los fines perseguidos o sufren tales modificaciones que los hacen antagónicos, casi siempre con sorpresa o decepción del ejecutante y aún de los observadores si los hubiere. Pues vaya chasco que nos llevamos, si hasta mentira parece. ¿Quién se lo podía pensar?. Muchacha qué risa, después.

El chasco es muchas veces casual y tan espontáneo que no hace falta que se busque nada cuando encierra en sí mismo la suficiente potencia de asombro o admiración para dejar a la gente con la boca abierta.

Estas consecuencias, por lo general decepcionantes, se hallan enlazadas por misteriosos hilos en la vida que parecen moverlos conjuntamente y su relación ha sido advertida por las gentes en el curso de los tiempos a fuerza de verla repetida, formando opinión tan extensa que reviste los caracteres de creencia. Y un anuncio seguro de llevarse un chasco es encontrarse de pronto con un entierro inesperado, féretro, duelo o coche fúnebre. El fiasco o decepción se le hará patente al observador próximamente llevándose el chasco que corresponda o saliéndole el tiro por la culata. Basta con que piense y se fije en lo que le sucede después. Muchos llaman a esto brujerías y alardean de no creer en ellas, pero no es verdad, les pasa lo que con los curanderos en los que también dicen que no creen pero los buscan cada vez más.

Una vez fue Chichín al zurra con alpargates nuevos.

Anochecido salió a orinar y se encontró que estaba lloviendo:

Entró quejándose de la barriga. Los amigos se alarmaron y quisieron avisar a su mujer. El se opuso diciendo que se podía asustar. Después de algunas vueltas propuso que lo llevaran sentado en una silla.

Al llegar a su puerta se entró riendo y echó el cerrojo dejando a los amigos mojándose en la acera.

Estos, al ver el chasco exteriorizaron violentamente su sentir y Francisco se asomó al ventanillo muy extrañado, diciendo:

¿No os da lástima, queríais que me viniera andando para estropearme los alpargates que me habían costado 22 perrillas por la mañana?.

— — — — —

Alejo el pastor, aquel que vivía enfrente de Patricio el Embustero molesto de que salieran los consumistas a él por si llevaba algo de matute, cargó de piedras la borrica y al llegar a las orillas del lugar arreó para llegar pronto a su casa. Los consumistas lo siguieron y él llamó deprisa como para que salieran pronto y descargar antes que llegaran.

Cuando llegaron quedaron extrañados de la naturaleza del carguo y se volvieron defraudados al abrigo del esquinazo.

Dichos y hechos

Los dichos de los pueblos, que conservan tradicionalmente un escarmiento o enseñanza, tienen su origen en hechos reales sucedidos anteriormente, cosa que puede comprobar todo el mundo y está patente en el curso de esta obra, fijándose en nuestra manera de ser.

A Lucio, el arriero de El Romeral le gustaba leer el periódico.

Llevaba un muchachote con él que cuidaba del carro y Lucio iba andando y leyendo el papel.

El chico ve que el carro vuelca y empieza a gritar:

--Tío Lucio, que se vuelca el carro.

--Esperate que lea este parrafito de Castelar, contestó el tío Lucio.

Y desde entonces cuando se llama con prisa y no se es atendido, se dice allí: "esperate que lea este parrafito de Castelar".

— — — — —

Fallaron en la quinta a un pastor del mismo pueblo y al llegar a su casa le preguntaron cuanto había dado.

Un kilómetro y 70 metros.

--¡Pero hombre!, ¿es que te has vuelto carretera?.

--¡Quia! no señor, ha sido en el Ayuntamiento.

— — — — —

Se dice que la gente es tonta e ignorante porque busca a los cirranderos. Los médicos nuevecillos se indignan y van con el cuento a los jueces, sin razón, porque si la gente no fuera así ¿de qué vivirían ellos?

— — — — —

Un mocete de Villacañas se hizo novio en el Romeral.

Para ir a verla se monta en un tren y lo lleva a Aranjuez. Allí cambia y toma otro que lo deja en Alcázar, donde vuelve a montar y no para hasta Madrid. Allí se fue a casa de un hermano que vivía en Palomeras. Se levanta para regresar y al llegar donde se tomaba el autobús oye una voz que pregunta:

--¿Falta alguien? Y él responde: Yo.

--Suba pronto.

Y el coche fue cruzando Madrid hasta llegar al cementerio del Este, porque el coche era de un entierro.

Cuando por fin pudo llegar donde estaba la novia no supo qué decirle, pues la muchacha tenía un humor de perros.

La "zamuceria" es uno de los rasgos de nuestro carácter, revestida de orgullo, terco y extremado, hasta más allá de la muerte.

Nadie tiene dudas sobre este particular y si las tuviere, saldría de ellas con mirarse a si mismo.

He aquí un detalle característico y su consecuencia lógica:

Entraba en la estación un tren de mercancías procedente de Andalucía y se coló con las señales de alto.

Se pusieron los teléfonos en acción y al pasar por la caseta A, el de los semáforos le voceó al maquinista que iba dormido.

—¿Adónde vas?...

Y paró el tren tan pronto como pudo.

En la información le preguntaron al despierto fogonero.

—¿Por qué no lo despertó usted?

—Porque no me hablo con él, contestó el fogonero.

— — — — —

Un matrimonio tenía un cuarto a la calle con una ventanilla muy chiquitilla y la mujer compró otra grande en un derribo.

Al llevarla se movió una tremolina regular diciendo el hombre que aquella ventana no pasaba porque no, que él era el amo y no pasaba. Pero se fue al campo y cuando volvió se encontró la ventana puesta y un vecino que les había estado oyendo, le dice:

—¡Qué, Angell, ¿sabes que tenías razón, que no ha pasado la ventana?. Se ha quedado en la calle.

— — — — —

Era frecuente que en Alcázar se presentara alguien en cualquier parte "echando chispas". Los demás siempre lo recibían tranquilamente, diciendo:

—Ná, total ná es eso.

Otras veces se iniciaba algo con el mayor calor y se atizaba la lumbre de verdad, pero a los dos días no quedaba ni rastro.

Ulpiano, cargado de razón, lo hacía observar en el panete:

Es que aquí somos así, no le deís vueltas, nos entra muy fuerte, pero nos cansamos al contaio.

Calero, Paniagua, Don Magdaleno y otros entendidos mostraban su conformidad.

—Flores dice la verdad, para qué queremos cansarnos, echa un trago, Cosme y cada mochuelo a su olivo.

Parecía que Ulpiano había hecho de su vida un garabato grotesco del que poder reirse burlonamente, pero ¿no había nada más que eso en aquel no querer hacer nada de todo el mundo?.

— — — — —

Ceferino y Juan José Tapia separaron sus negocios.

Ceferino anunció un premio para el primer comprador, pero como la tienda tenía dos puertas, por una entró la Capacha y por otra el Cojo de la Carne.

La Capacha compró lienzo moreno para un zurrón de espigar y le dieron de regalo medio metro de retor, diez pesetas y un pañuelo de seda. Pedro compró un sombrero y se quedó sin regalo, porque Ceferino, muy calmadamente, pensó que no le convenía empezar el negocio con tan mala pata. Falta de vista porque Pedro era cojo pero mala pata no la tuvo nunca.

— — — — —

Ceferino se dejaba de caer y en una ocasión expresó su extrañeza porque los Gobiernos no tomaran alguna medida contra eso de los volcanes...

— — — — —

Chichín fue un caporal de fama.

Para llevar el vino al corte usaba una calabaza que cogía dos o tres arrobas. En alguna casa de las que servía solían decir mientras la llenaba:

—¡Ay! Francisco, vaya una mata que sería!... ¿Y echó muchas como ésta?

—No, señora, esta y otra.

—¡Bendita mata, hijo mio, bendita mata!

— — — — —

A uno de Pichica le tocó ir a Africa cuando entró en la quinta y una de las que fueron de cumplido le dijo a la madre:

—¡Vaya, Petra, si cuando suba al barco se van a piquel!

—A última hora, replicó la madre, si es mas cerca, bueno está.

— — — — —

Salió de donde servía cierta muchacha para casarse y a los pocos días volvió de visita, preguntándole en la casa qué tal le iba en el matrimonio. Ella, tan contenta responde:

—¡Muy bien, tío Nicanor, en los quince días que llevamos casados solo me ha pegado tres veces!

— — — — —

En una procesión, un cofrade soltó un cuesco y el Alcalde, que iba

detrás, le puso una multa de 20 reales, no por el cuesco, que era natural, dijo, sino por alzar la pata al soltarlo.

— — — — —

Jesús solía regañar mucho con la mujer y cuando se enfadaban ponía un tablón en la cama para dividirla en dos y no rozarse.

Después de varios días de morro, una noche estornuda él y ella dice:

—¡Jesús!

Y él pregunta:

—¿Lo dices de corazón? Pues quita el tablón.

— — — — —

Por el camino de en medio venía hacia el pueblo José María Villena en el carro con otros y por el mismo camino venía andando el Diablo.

Al llegar a él dice José María a sus compañeros:

—Le voy a hacer de subir pero no le voy a dejar de meter baza.

Y así sucedió. Cuando el Diablo intentaba tomar la palabra José María redoblaba su esfuerzo mientras que con las manos le pedía silencio.

Llegaron al lugar y se apeó el Diablo sin haber podido decir ni pío y el otro comentó.

—Esta noche revienta.

— — — — —

Silverio araba una almanta bien y otra mal, pero muy bien y muy mal. Le preguntaron por qué hacía eso y contestó:

—Para que los labradores sepais que yo sé arar de dos maneras, bien y mal y no podais decir nada.

— — — — —

Alfredo el Retratista fue un elemento de los mas sobresalientes entre la gente de trueno de la bella época. No era torpe, sabía el recelo que se le tenía y se conocía a sí mismo. Solía decir que una marrañailla de vez en cuando no esta mal, lo que pasa es que yo las hago muy a menudo.

— — — — —

El tío Jesús de Camuñas, hombre buenísimo, fue a servir a una casa de labor, cuando los gañanes comían en las casas donde traba-

jaban y hablaban durante la comida de lo que gustaba mas o menos a unos y a otros. Un día le pregunta el ama:

—Tío Jesus, ¿es usted muy goloso?

—¿Yo goloso?. No, señora, ni Dios quiera que lo sea.

—Bueno, ¿pero no dice usted que le gusta mucho el dulce?

—Eso sí, goloso no; lo que soy es bastante galgo.

— — — — —

—Una vez iba el tío Lorenzo Monda en su difícil y hermoso caballo y Enrique Manzanegue, el de la botica, le preguntó, estando parados, si era noble y tenía buen paso. El hermano Lorenzo le contestó sentenciando y con aplomo:

—Voy mas cómodo que en un sofa.

Hace muchos años, claro, pero a Enrique no se le olvidó y siguió recordando la exactitud de la frase para ensalzar el andar del caballo, porque la cama es ir tumbado y el sofá es estar sentado a placer, que es la manera mas perfecta de ir sentado en la yegua.

— — — — —

Marcelo el del Orejón hablaba de un vecino de su mismo apellido y decía:

—No, no nos tocamos ná. Julián iba andando y durmiendo y a ninguno de los tres los he visto de hacer ná nunca.

Tampoco está mal expresada la vagancia de un tío que hasta andando va durmiendo.

— — — — —

Jesús Valencia, gran conocedor de la edad de las bestias, como buen muletero, dice de la especie humana que el diente miente, las canas engañan, las arrugas disimulan, pero el arrastre de pies, signo de vejez es.

— — — — —

La Isidra de El Romeral tenía horno y vendía vino, porque en los pueblos hay que tocar muchos palillos para que suene la música.

Había un parroquiano que no llevó jamás jarro, bota ni botella y un día le pidió un cuartillo y se lo bebió de un trago diciendo a continuación:

—Hoy no te pago.

La Isidra se quedó suspensa y le contestó:

—No me fastidia mas que la bota que traes no te la puedo vaciar, que si no...

— — — — —

Atanasio el de Brunete -Atanasio Huertas- yesero, mozo viejo, de la cuadrilla de Daniel el de Paulino, Isidoro Parra, el mayor del Moreno y Colilla el grande, trasnochadores y amigos de andorrear por los billares, era un hombre fuerte, buchón y patizambo, que entornaba un poco los ojos al soltar las sentencias. Se pelaba a lo quinto y cuando veía al maestro liado con alguien de cabellera enmarañada, le decía:

—¿Tén cuidao, que en los montes cerrados suele haber conejos.

Comía bien, como un animal cualquiera y en los veranos, cogiéndose una muñeca con la otra mano y atrabancándose la barriga, decía que con los pistos de calabacín se le alteraban los pulsos, lo cual era inconveniente porque el hombre necesita el pulso firme, la mente clara y el ánimo sereno, según aquel hombre cuyo recuerdo me ha despertado el primer pisto de calabacín del año 68.

— — — — —

Llegó Higinio un poco ahumado y le dice la mujer:

—¡Ay! que cargao vienes, ¡peinetal.

—Toma, para qué quería hacer otro viaje.

En otra ocasión le dice:

—¡Nos vas a enterrar a la chica y a mí!

—¡Pues sí, vengo yo bueno para hacer hoyos!

— — — — —

La Patrocinia del Perro, que pasó lo suyo como cada quisqui entonces para criar 9 hijos sin ayudas, mas los hombres, el ganado, las caballerías y las incumbencias de la vida, con pocos haberes y sin poder vivir, para no tener que entretenerse ni gastar en encender lumbré al tiempo de dárselas, ponía el pucherillo de las migas del chico al rayo del sol para que se mantuvieran templadas. ¡que ya es aprovechar los recursos naturales!

— — — — —

Unos recién casados se acomodaron en una casa, él para trabajar en el campo y ella de criada.

A los pocos días le dice el ama:

—Ana, toma las llaves del taller y te subes los zorros.

La chica baja, pero como tardaba tanto tuvo que bajar la mujer y al verla delante de la puerta sin abrir, le dice:

—¡Pero Ana!, ¿qué haces ahí que no subes con los zorros?

—Es que no me atrevo a abrir la puerta por si muerden.

— — — — —

Un propietario de Villacañas escribió a otro de Villafranca para que le mandara un criado de confianza.

El chelero le preparó un buen hombre, el tío Traga, pero conociendo lo agarrado que era el amigo de Villacañas, le advirtió que por sí no hacía mas que una comida, que lo hiciera bien.

El criado fue recibido con agrado y mientras hablaban dispuso el amo que la mujer preparara el almuerzo, que consistió en dos huevos fritos, un pan de tres libras y una botella de vino.

Empezó a comer y con el primer huevo se le acabó el pan, diciendo el hombre a la mujer:

—¡Chica trae mas pan!

Con el otro huevo se comió el segundo pan, menos un repizco que le echó a un perro de la casa que estaba mirando y lo cogió al vuelo.

El hombre al verlo exclamó:

—¡Quién tuviera tus ganas!

—Pues tú tampoco las tienes malas, dijo el amo.

—Ahora por la mañana no tengo mucho apetito. Yo cuando hago el haz es a medio día.

—¡Pero no será en mi casa!

— — — — —

Reces, que ve por donde va y las caza al vuelo, oyó un día, al acercarse un forastero a la Hilaria de Mollares, que le preguntaba por una farmacia. Ella contestó.

—¡Ay! "mirusté", aquí no hay de eso.

—¿Pero cómo no, si es para comprar una hila para el dolor de muelas?

—¡Miá que leche, podía usted haber "preguntao" por la botica de Don Gonzalo!

— — — — —

Otra vez tuvo la Petra un chico malo y Don Magdaleno le gastó la fineza de mandar los huevos pasados por agua. Ella los puso en el chorro de la fuente y el chico tomó un asco con los huevos crudos que por poco si las lia.

— — — — —

—Al ver un pozo en el campo, se asoma uno, dice ¡Ah! y tira una piedra.

Algunos se han lodado por esto

— — — — —

Una vez le quitaron a un yesero de su puerta de la calle Nueva un carro de reguillo, (piedra de yeso blanco), pues antiguamente la mayoría de los carros se quedaban en las puertas como en las quinte-
rías. Le echaron la culpa a un vecino. Intervino un "hombre bueno" y después de bien aclarado todo, condenó al dueño del carro a ir di-
ciendo casa por casa de la vecindad que no era verdad que el otro
vecino le hubiera quitado el reguillo. Las gentes dicen que le entró
un bochorno tan grande que al mes se murió. Y por eso Tizonas, ya
viudo se casó con la Jacinta viuda de aquel y recordada por mí con
agrado de ir a su casa a por aceite con mi madre. Los "hombres buenos"
gozaron de gran predicamento y desempeñaron funciones útiles de
confraternidad.

— — — — —

El tío "Cobete" fue un marido modelo e hizo por su mujer todo
género de sacrificios.

En el duelo de su esposa se comentó su comportamiento y él mis-
mo hizo reiteradas manifestaciones de conformidad con su propia con-
ducta, pero lo inevitable es lo inevitable y al retirarse juntos todos
sus amigos, les preguntó dónde iban.

—¡Dónde quieres que vayamos, al panetel.

—¡Que vamos a hacer, esperaros, que me voy con vosotros! con-
testo con resignación de viudo.

— — — — —

Un día le mandó Frasco a Julio Espinosa unos pollos para que
los asara en el horno. Julio cumplió la orden al pie de la letra y con
toda formalidad, mas serio que un juez. Los asó con plumas y todo.

Nadie ha contado lo que pasó después, pero lo probable es que
se los comieran tal cual, muy serios y con sabrosos comentarios so-
bre lo acertado del ajilimójili.

— — — — —

Los yeseros eran frecuentes contertulios de "Casitas". Su rústica
sencillez se prestaba a que Don Antonio fanfarroneara con ellos a sus
anchas, dejándolos con la boca abierta y un año los convidó a la ma-
tanza.

Comieron y bebieron como es de suponer dadas las cualidades
del anfitrión y cuando ya estaban embuchados, les sacó una cesta de
frutas artificiales hechas de escayola, que no era posible separar del
envase ni clavarles el diente como todos apetecían y necesitaban pa-
ra refrescar. Don Antonio las gastaba así y ese fue el recuerdo mas du-
radero de la opípara comilona, sin la cual todo se hubiera olvidado
al día siguiente. Casitas conocía la condición humana.

— — — — —

Normas útiles p

La consulta médica es un manantial inagotable de enseñanzas, de satisfacciones y de amarguras. Me refiero a la del médico antiguo, amigo, confesor y consejero, no a la del médico recetador.

Esas cualidades de la consulta se mejoran con la edad, es decir que aumentan los problemas a medida que el tiempo va confirmando los defectos y virtudes de las personas y adjudicándoles el merecimiento de mayor o menor confianza.

En esa línea de las confidencias, raro es el día que no se ve uno con personas de su quinta que le traen problemas clínicos cuya solución hay que buscar en el terreno afectivo. Los hay en todas las edades pero en el desamparo de la vejez es cuando más abundan y cuando tienen peor solución. El viejo que lo dió todo cree que todo lo merece, cuando la realidad es que nada se le reconoce y se obstina en lo imposible que le hace infeliz, sin que le consuelen las palabras porque lo que necesita son actos de amor o al menos de caridad.

Después de oírles muchas cuitas y a sabiendas de lo poco que remedian los consejos, creo que se puede encontrar alguna ayuda moral para el mejor gobierno en el conocimiento de las motivaciones y las consecuencias que más o menos son regla general en el período postrero de la vida.

Ante todo, el viejo debe darse cuenta de sus limitaciones y reconocerlas como naturales.

Dios es el principio y el fin de todas las cosas. Todo empieza y todo acaba, perdurando sólo el principio creador y si alguna cosa dura de más, termina por hartar y no poder aguantarse, como el matrimonio, incluso el ideal.

Debe conformarse con la soledad y buscarle compensaciones en su pensamiento o en sus aficiones. Saber estar solo como si viviera en el desierto, sabiendo que a su alrededor no hay nada ni nadie y que lo que inesperadamente apareciere le dañará en lugar de beneficiarle.

Regla firme e inflexible, que le pesará siempre de no seguirla, es la de no molestar a nadie ni importunarle con nada para no ser tachado de impertinente, molesto o egoísta. Y no estorbar en ninguna parte para no verse pospuesto o humillado.

Sin ir a nada aceptará lo que viniere y procurará corresponderle generosamente sin esperar la gratitud para no tener que extrañarse de los egoísmos ni atormentarse con los desengaños.

Se esforzará cuanto pueda para permanecer en su puesto conforme con morir solo pero al pie del cañón, a lo Marcelo Redondo, tapando con su cuerpo el último agujero, sin soltar la bandera que empuñara al partir. Cualquier otra conducta le convertirá en guiñapo

para los viejos

de la batalla de la vida y bien está que lo sea por evolución natural pero no que él se meta en la espuerta para que lo arrojen al basurero.

Tratará de no inmiscuirse en lo que no pueda corregir o evitar para no despertar antipatías que acentúen su aislamiento. Le será menos molesto ir de su motivo a donde acabaría por ir a la fuerza. Comprendiendo mejor que nunca, le es mejor hacerse el tonto que ser tratado de chocho.

Disimulará cuanto pueda cualquier necesidad para que nadie se considere obligado a satisfacerla con malos modos, haciendo peor el remedio que la enfermedad

Verá con buenos ojos los caprichos de todos, cuidando de no exteriorizar si tuviere alguno, aceptando la caducidad de todo derecho, principio del que parte todo el mundo a su alrededor.

No deberá resentirse ni tomar como desaire los olvidos y desatenciones que percibiére, señal indudable de lo poco que se le ve aprovechable, pero como eso lo sabe él mejor que nadie debe despreciarlo aunque le dañe.

Bajo ningún pretexto cerrará su casa que debe conservar abierta de por vida, pues las aves migratorias suelen volver a su nido y les conviene el ejemplo y la firmeza del viejo solitario candileando por su aposento.

Por la misma razón no repartirá sus bienes mientras viviere, que son los espartos y las plumas del nido, que, aunque frío, conserva su hechura y es el amparo único de quien lo formó.

El acontecimiento "inesperado", la necesidad "imprevista" pero imperiosa, aunque planeada a sus espaldas con tres meses de anticipación y que hacen imprescindible de momento cargar con el mochuelo, debe aceptarlo siempre con la mejor de las sonrisas y la credulidad del mas perfecto tragabolas y hasta con cara de bobo o compungida que haga pasar la comedia como si tal cosa, dejando chiquitos a Pepe Moncayo, Emilio Carreras, José Mesejo o Enrique Chicote.

No es posible enderezar los árboles criados y deformados por uno mismo, pero las fuciones naturales corrigen con el tiempo las malas anudaciones de los huesos rotos y la necesidad de buscar el sol y el aire cambia la hechura del árbol precisándolo en contra de su desviación.

El viejo no debe ser obstáculo para nada ni meterse donde no le llaman y aún requerido procurará la mayor circunspección. En cambio debe ser exigente consigo mismo, sabiendo que su presencia y aún el recuerdo de su proximidad, puede hacer por la rectitud del árbol más que las maniobras de enderezamiento. Fray ejemplo, hermano, que es el mejor predicador.

En la Alameda se puso mala una vecina.

Segun iba empeorando crecia entre todos la zozobra por llamar un médico y decir:

—No va a haber mas remedio que llamar a alguien.

Por fin vinieron a Alcázar y llevaron a uno que le recetó un "bebido" y unas píldoras.

Al llegar el hombre de las hazas pregunto si habia ido el médico y le explicaron lo ocurrido.

—Bueno, bueno, pero que el médico se tome la mitad antes de dárselo a ella para ver el efecto que le hace y si le va bien le daremos a ella la otra mitad, ¿eh?, no vayamos a echarla a perder del "to".

— — — — —

Facó Rincón, en los días buenos en que hasta él se encontraba despejado, sacaba una silla a la puerta de la Estación.

No sabia leer y trocaba la vista bastante hacia fuera. Caguillo le dejaba *la prensa* para enterarse, pero se la ponía vuelta y los consumistas, el portero e Ignacio Perra, que también escondía un poco un ojo, se lo decían burlescamente:

—Facó, que tienes las letras boca abajo.

Y Facó montaba en cólera enseguida:

—¡Toma, como me las ha puesto el borracho de José María!

Y arrojaba el papel entrándose en su casa. Pero se le pasaba pronto y salía al momento con alguna de aquellas ideas deslumbrantes que le caracterizaban, como cuando le hizo la Joaquina las gachas sin pimentón y para que no careciera de él sembró un kilo en las regueras del Paseo, con la seguridad de una cosecha abundante.

— — — — —

—En otra ocasión le pidió' dineros a Crescencio Barrilero para ir a por mulas a la feria de Villacañas.

Compró catorce o dieciseis y fue a enseñárselas a Crescencio, el cual se sorprendió bastante del pelaje, pero Facó lo justificó por el importe total de la partida, unos diecinueve duros.

Antes de ir había vendido una bestia y estando en el corral de Crescencio llegó el comprador protestando, porque el borrico no tenía lengua y le había tenido que dar agua con un embudo.

Facó replicó decidido:

—¿Pues qué quieres que te de por cinco duros, un abogado?.

— — — — —

La tía Vicenta, la Sorda, cocia pan en su pueblo.

Tenia costumbre de ir a misa primera, todavía con estrellas y no

eran pocas las mañanas, por necesidad de preparar el horno temprano, que esperaba al sacristán en la calle para que abriera la iglesia.

Como mujer trabajadora gozaba de buena salud y mejor apetito.

Un sábado metió en el horno un puchero de castañas, las coció con azúcar y anís y se las comió.

Es un plato sabroso pero generador de gases, como las habichuelas.

Al amanecer del domingo cogió su hábito y las cuentas y a misa, pero en cuanto se puso en marcha empezaron a moverse los gases castañeriles buscando su salida natural con la musicalidad propia y en escala según la cantidad y precisión de cada momento.

La hermana sorda iba camino de la iglesia sin preocuparse de los ruidos y satisfecha del descanso que le quedaba hablando sola de las castañas.

Cerca de la plaza vió que una sombra se le adelantaba, volvió la cabeza y observó que era el cura que se dirigía a la iglesia. Sorprendida y sobrecogida por el concierto que venía dando, le preguntó medrosamente:

—¡Ay Don Norberto! ¿Viene usted mucho tiempo detrás de mí?

—¡Hija mía... desde las primeras castañas!

— — — — —

El reconocimiento de quintos era, como acto oficial, un poco formulario. Todo el mundo sabía ya a qué atenerse, pues nadie disimulaba sus defectos, al contrario, procuraban resaltarlos para no ir a servir al Rey. Cada quinto había sido reconocido por su médico tratando de poner su poca influencia para librarse, pero allí se disimulaba todo aunque de todo se había hablado.

El genio de las personas que mediaban en ello, en la época de Don Magdaleno y Estrella, hacía saltar la nota cómica muchas veces durante la mañana. Don Magdaleno, tan reglamentarista, se sabía el cuadro de exenciones hasta con comas y enseguida decía:

—Eso lo tendrá pero no está en el cuadro, que es a lo que hay que atenerse. Estrella que no se apañaba bien a leer pero que las cogía al vuelo y de tanto oírlo sabía ya lo que era exención y lo que no y muchas veces le cargaban las alegaciones, en una ocasión, por no haberlo oído, pregunta:

—¿Que alega esc?

—Que le huele el aliento, dijo una voz, en aquel salón abarrotado de gente y lleno de humo.

—¡Vaya una leche!, saltó Eulogio rellenándose en el sillón presidencial, pues que lo "fuñiguen".

— — — — —

Otro día de reconocimientos estaba don Magdaleno como de costumbre boceándole a todo el mundo y acelerando a la gente.

Los quintos forasteros tienen que consignar su procedencia y al reconocer a uno le da un bozarrón diciendo:

¿Naturaleza?

Y el muchacho aturdido contesta:

—Trece deos.

Las risas se oyeron en el Altozano.

— — — — —

Vino un pastorcillo a ver a su padre que estaba malo y murió.

Al volver a la casa el muchacho rompió a llorar y el mayoral le pregunta:

—¡Muchacho! ¿por qué lloras?

—Porque se ha muerto mi padre.

¡Carejel, replicó el mayoral, cada paso es un milagro. A tí se te ha muerto tu padre y a mí se me ha perdido el corcho de la botija.

— — — — —

En la mayoría de los pueblos rigen terminos comparativos, medidas o normas troqueladas por la vida misma de los vecinos en su ínfima necesidad. En el pueblo de mi amiga Frater rige la medida del tío Sergio, que quería poner una ventana y al preguntarle el albañil que como de grande respondió que la mediría con los brazos.

Puso los brazos en la pared y llevando las manos separadas se fue a la carpintería diciendo:

—Quiero una ventana así de grande.

Abundio le preguntó cómo era el hueco que habían dejado los albañiles y el respondió:

—Así, aproximadamente y separando las manos. Y agregando:

—Si es chico que lo agranden y si es grande que lo loden.

Desde entonces quedó unido el nombre de Sergio a las medidas mal tomadas.

— — — — —

Maximo, el barbero, tenía unos andares poco marciales, pero tan pausados y seguros que nunca se caía; las caídas las tenía de caedre y de expresión y un día llevó albañiles y estaba mirando al chico del corte como llenaba las espuestas de escombros y las tiraba a la calle por el hueco abierto para colocar un antepecho. Le desesperó la lentitud y la torpeza del muchacho y uniendo la acción a la palabra, exclamó:

—No, hombre, no, eso se hace así. Llenó la espuesta en un periquete y la lanzó con tal fuerza que cayó él detrás en el montón de cascotes. Y tardó mucho en poder sostenerse otra vez sobre sus pinreles

— — — — —

Un matrimonio de cierto pueblo cercano, muy célebres los dos, tuvieron la escena siguiente:

Por ser del gremio del trapie, él estaba siempre en casa y ella tuvo que salir un día pensando no volver para la hora de la comida y le encargó que se hiciera lo que quisiera de lo que había en la casa. Al llegar la hora él se frió un par de huevos y los puso en lo que encontró más a mano, que fue una gran fuente, de las que se usan para los guisados de boda.

Llegó ella antes de lo que pensaba y en el momento que el hombre iba a empezar a comer y al ver la fuente y lo que había en ella, exclamó.

—¡Joder, robar! ¡Tampoco has querido que te se escuezan!

— — — — —

La chica se hizo novia y en casa del novio los querían casar, pero el padre decía que eso era poco para su hija y que no la casaba con un mierda, que eso era un señorito que no servía para nada.

Desesperadas las mujeres tomaron el acuerdo de meterla en la cama y hablar con el médico para que le recomendara el matrimonio.

La acuestan, llega el médico, la reconoce y entra el padre a preguntar qué tiene.

—Nada, tío Juan Esteban, esto se quita casándola.

—¡Ju, Ju!, dice el padre.

Y la hija como una ardilla:

—No diga usted ¡Ju, Ju!, porque lo manda el médico y yo me quiero poner buena.

— — — — —

Muchas veces los enfermos se hacen acompañar por personas de su confianza que pueden ayudarles en sus explicaciones para que el médico se dé cuenta de lo que pasa y por si se le olvida algo de todo lo que viene sucediendo.

En una ocasión, la acompañanta estaba explicando que Don Eduardo había tenido una hemorragia por el intestino y de pronto se interesó la interesada con franca naturalidad, diciendo:

—¡Tú no sabes nada de eso, fue por el culo!

— — — — —

En una merienda había uno un poco testarudo y los demás le provocaron una apuesta de echar vino y no cenar.

—¡A que sí!. Apostado, que echo vino y no cenó!

Lo hizo y quedó como ejemplo de testarudez del tío Marito, que echó vino y no cenó.

— — — — —

Se casó una y no consiguió hacer buenas migas. Enviudó, se casó y empeoró y todavía repitió de terceras, que fue el acabose. Se encuentra a una prima del hombre, que le pregunta:

—¿Qué tal, cómo andáis?

—¡Ay!, qué malo es tu primo.

—¿Quién te manda casarte sabiendo lo que es el matrimonio?

—Tienes razón, como se muera tu primo no me caso, me junto.

— — — — —

Gonzalo, labriego recalcao vivía orilla del veterinario, que al ver el cielo nublado le pregunta si va a llover. Gonzalo se entra en su casa sin contestar y a los tres días amanece lloviendo. Se juntan en la puerta y le dice:

—Manolito, sí.

—¡No te entiendo!

—¿No me preguntaste el otro día que si iba a llover? Pues te digo que sí, que está lloviendo.

— — — — —

Un chico revolotudo iba tocando un instrumento y le dicen:

—¡Qué gordo estás!

—¡La vida!

—Que la vida, qué comes mucho?

—To se junta, contestó el muchacho.

— — — — —

Un trenero de los de viaje continuo no tenía hijos y la mujer no se perdía nada, con el natural disgusto de la suegra que había vivido sujeta y decía que al rendir cuentas a San Pedro lo haría diciendo que no podía contar nada porque no había ido a ninguna parte, pero lo conformaría diciendo:

—Espere usted un poco que ya vendrá mi nuera y se lo contará todo.

— — — — —

Una noche se le dió mal en naípe a Coralio, al salir alzó la pata para salvar una silla y se trompicó, acelerando el paso.

Los que quedaban sentados comentaron:

—¡Mirale!. Todavía sale retozando.

— — — — —

Al avisador Venancio se le ladeó otra tarde la aguja y salía con la vista mas trocada que de costumbre.

Le pidió limosna un pobre que había en la puerta del casino pretextando que no lo podía ganar.

—Pues pasa ahí, que verás si te ganan, contestó Venancio aligerando el paso.

— — — — —

Al subir Feito las escaleras del casino se cruzó con un señor de los de entonces y le saludó con chulona zumba, diciendo:

—Buenas tardes, hermano Don Fulano.

—¿Hermano de qué? interrogó el aludido con mohino gesto.

—Hermano de leche, Don Fulano. Usted y yo la tomamos de la misma burra.

De nada podemos reírnos en este mundo, porque ahora parece remozarse, industrializada -claro- la antigua costumbre de tratar con leche de burra ciertos enfermos de consideración aunque no ordeñando las burras en la puerta del enfermo a primera hora de la mañana, lo que no sabemos si será bueno o malo pero desde luego peor que aquello.

— — — — —

Vivía un matrimonio por arriba y estando el hombre en el corral le vocea ella:

—Cuando vengas me subes las medias.

—¿Es que las tienes caídas?, le responde él desde abajo.

— — — — —

Por lo dicho en libros anteriores se saben las cualidades de la Cayetana de la posada, apreciadas y expuestas incluso por escritores ingleses que se hospedaron allí.

Cuando vino a la Alameda de maestra la madre de Doña Piedad, cuyos datos constan ya en esta obra, hasta que encontraron casa dormían en la posada y les llevaba una peseta a cada una. La maestra se lamentaba y decía:

—¡Mira que una peseta por dormir!

—¡Pues estase usted en vela!, contestaba la Cayetana.

— — — — —

Santicos fue un hombre prudente, temeroso, como los galgos cuando ven aproximarse a alguien con garrota. Le habían echado de coger carbonilla y se metió en una cueva del desmonte, esperando que se fuera el guarda para volver.

Llegaron los consumistas y al verle le preguntaron qué hacía. El, con gran indiferencia y como si estuviera al abrigo del aire, contestó:

—Aquí "magao".

La frase quedó como rufian en la Cruz Verde y fue de hecho el masimo disimulo pícaro de un espíritu tan simple como el de Antofico, que como todos los tontos, tenía sus momentos de morder en el dedo que se les entraba en la boca.

— — — — —

"Panache" era muy aficionado al *panche*, cliente diario de la taberna de Leña y escaso de fondos. Leña, confiado y formal, hacía una raya en la pared por cada jarrete que le adeudaban y había ya pocos claros.

"Estrella" le pidió el voto a "Panache" en cierta ocasión y logrado el triunfo, le dijo que si necesitaba algo del Ayuntamiento.

—Lo único que te pido, contestó "Panache", es que mandes a enjalbegar la taberna de Leña que está "mu zucia".

— — — — —

Doroteo el barbero, famoso cazador con el hurón, tenía tan bien distribuido su trabajo que no admitía ni el caso accidental. Si llegaba algún cliente nuevo protestaba murmurando:

—No habrá tenido otro sitio donde ir éste.

En una ocasión hubo concentración de fuerzas en Santa Clara y bajaban por el Altozano buscando una barbería. Le preguntaron a Alaminos que estaba en el sol con Doroteo y dijo:

—Este es el maestro.

Doroteo, entornando el ojo izquierdo, como solía hacer, se sacudió el golpe poniendo el tiempo en pretérito y dijo:

—Era, era.

— — — — —

La mediquilla de Lillo, mi amiga Inmacu, dice que hace años, un día de vendimia, notó la gente por la mañana temprano, que cierto vecino entraba y salía deprisa en su casa, hasta que le preguntaron:

—¿Te pasa algo, Camilo?

—Pues na de particular, que se ha muerto mi padre... pero lo malo es que no me ha dicho lo que tengo que hacer con las uvas.

— — — — —

Colocado en la Estación un obrero agrícola, al pasar unos días, dijo:

—Poco va a durar esto, todos los días el mismo camino, arriba y abajo la calle de San Andrés. A mí me gusta cada día un camino o un carril con mi borrico.

Y, efectivamente, a los pocos días se despidió.

Pedro Tinajillas, en una ocasión, siendo joven, iba montado en el borrico y lo tiró al suelo. Se levantó muy enfadado y después de darle bocados en las orejas y fuertes puñetazos, le dijo:

—¿Crees que vas a poder tú mas que yo?

— — — — —

Pelecha no se dormía para ir al corte con lo que el decía su vehiculo, el carrillo de sacar basuras y en la Cruz le saludo Atanasio diciéndole:

—Maximino, mu temprano las vantao pa dir a la condituría.

— — — — —

Jose Pistaño a Ignacio Villarejo en un órdago de la secansa:

—¡Que no te creigo, zagal, que no te creigo!

— — — — —

En una de las muchas ocasiones que salio Estrella a saludar al Rey a su paso por la Estación al estrecharle la mano, exclamó:

Me caso en San, qué fría lleva usted la mano.

Donde se ve lo mucho que le cohibía la solemnidad, pues lo suyo era la leche y las hostias.

— — — — —

Cogieron un nido de gorriones en un cortijo de Andalucía y lo metieron en una jaula. Apercebidos los padres se desvivían por llevarles comida y dársela por entre los alambres. Al poco los vieron criados y pensaron en soltarlos, cogiendo antes a los padres para que les dieran de comer los pájaros nuevecillos una vez sueltos.

Sucedió que los padres aparecieron muertos de hambre a los pocos días en el suelo de la jaula y la seña Gabriela decía:

—¡José qué contraste, María Santísima! Y qué ocurrencia de coger a los padres.

— — — — —

Cuenta Pitos que una vez le dijeron a Jesus Esperón que con naranjas maullas se mataba al sapo de las viñas.

Mi cortio ni perezoso se fue a la plaza y la compró al Corneta y al Tornero todas las que no podían vender al público.

Llegado a la viña cortó las naranjas por la mitad y las puso sobre las cabezas de las copas, volviendo al pueblo seguro de que el sapo moriría.

Al día siguiente volvió a la viña y lo estaban esperando en el camino para que les llevara mas naranjas. Arturo lo vió de regresar diciendo:

—¡Lechel, qué bien les ha sentado. Están mas gordos.

El calor del viejo

Lo es el recuerdo.

Sin calor no se vive.

La vida es calor, como el trabajo, y el frío muerte, como la holganza.

Cuando todo se le vuelve hostil y no puede aspirar a nada, remueve el montón de sus cenizas en busca del rescoldo milagroso que le haga sentir el calor de la continuación o de la resurrección.

Es un estado singular. Todo se le va, se le escapa todo y en su soledad siente la tibia templanza de la brasa que es mas bien ceniza no apagada, anuncio mas que anticipo de la nueva vida, rescoldo santo que le conforta la espera de la transformación que le aguarda, sopro milenario o tenue lucecilla que necesita para el acto resurreccional.

Por triste experiencia sabe que todo acaba. Cada día le trae la confirmación de un final, la renuncia propia aceptada con indiferencia o el abandono ajeno que ni siquiera siente. Le queda lozano su mundo interior mientras conserva la razón y cuanto mas imperceptible se le hace el contorno o mas hiriente se le torna, mas frondoso encuentra el jardín de sus evocaciones.

El fallo de los sentidos se le compensa con la exaltación de los sentimientos, cosa que no ve el indelicado mundo circundante, porque es el alma, invisibile e impalpable la maceta de la flor naciente y no es la calleja evocada o la mellada esquina en que se tropezó, es lo que se ve con el alma en ellas, lo que nos dicen y nos hacen sentir lo que ante ellas pensamos.

Venturosos recuerdos que hacen placenteras las noches desveladas del dolor y amorosas las madrugadas solitarias, no tanto por retornar impetuosas las corrientes de mas pujantes horas como por reverdecir la ilusión frustrada, motivo siempre esperanzador y de recreo vivencial inextinguible.

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

Imaginarse a Ulpiano, a Cuartero, a Manuel Paniagua, tan serios, tan cabales y tan en su papel siempre, las cuentas que se echarían si vivieran ahora, con tantas fiestas y tantos pretextos para descansar.

En sus buenos tiempos, no mejores por pasados, sino mucho peores por la necesidad, lograron como se sabe, hacer una distribución de la semana propia para el gremio zapateril, que quedó como modelo para los "artistas" que fueran capaces de seguirles, que no era fácil.

Se les puede suponer pensativos, cabizbajos, como achicados por los "progresos" de los tiempos que llevan camino de anular su "avanzada" previsión.

Siempre los zapateros habían celebrado los lunes como día de su Santo Patrón, San Crispín, con los cuerpos estragados del domingo y desgastados para todo, lo mismo para comer que para trabajar y lo despachaban con un zurrilla y algún refrigerio a media tarde.

Ellos tuvieron la valentía de redondear la semana en la forma conocida:

Los lunes, San Crispín.

Los martes, fiestas holgantes.

Miércoles y jueves, fiestas solemnes.

El sábado, para descansar.

Y el domingo, de lo suyo se le dá.

A pesar de esto hay que reconocer que ellos hacían algo todos los días. Dejación total del trabajo no lo solían hacer, pues mientras se hablaba o se preparaba, montaban medias suelas el día mas señalado.

Lo llevaban todo a ratos, con predominio de la broma. Nunca les faltó tiempo para un zurrilla, un trauque o una secansa, ni le dieron un mal rato a un pito, pero si vieran el sistema actual no saldrian de su atombro ni comprenderían cómo habían hecho el tonto de esa manera. Les avergonzaria su sentido de responsabilidad y verían sus travesuras como la mas bobalicona ingenuidad y hasta se abochornarían de la puerilidad de sus atrevimientos. ¡Qué pobretones hemos sido, pensarían, pasando la vida entera en el rodal que nacimos, con cuatro perras y bailando de contentos! ¡Y que eso sirviera para acusarnos de desfachatez y de incumplidores del deber por gandulería, cuando ahora cualquier rapáz con boceras recorre el mundo, gasta y triunfa y se rie de nuestra pobreza, sin importarle otra cosa mas que la vida peliculara!

Y nos parecía a nosotros que íbamos por la espuma cuando vino el vapor y se hacía todo por él, hasta los calomelanos!. Pero muchachos, ¿dónde nos hemos quedado? Si no somos nadie. ¡Qué inocencia la nuestra!

Sino y signo de la tierra

En "El Rasillo", segunda pedriza de Piédrola yendo desde el lugar, hay una higuera.

En Piédrola ya no quedan árboles de los antiguos y de los que yo puse no hay ni rastro. Solo esta higuera heroica resiste obstinadamente las bárbaras acometidas del clima, de los animales y de los hombres. Es una higuera silvestre que echa ramas sin cuento por entre las piedras de la pedriza y que se inclina hacia el barranco abatida por el peso del abundante fruto. Es una higuera solitaria que, mordida por los animales, mutilada continuamente por los hombres, tronchada por los aires en sus brazos mas vigorosos, se obstina en permanecer, crece sin cesar y cuando al caer de la tarde la veis inclinada hacia el abismo, reverenciando al sol poniente, pensais que no amanecerá y al verla por la mañana considerais milagrosa su existencia, como si estuviera allí por superior designio para que se amanse la cerrilidad y se vea y comprenda el provecho que podrían tener aquellos cerros de piedras. Y la rusticidad que hace falta para sostenerse en este suelo, donde forzosamente las plantas, toda clase de plantas, han de ser pocas y escuálidas, escuálidas por mucho que sea su pontencial biológico, como en el caso de la higuera de "El Rasillo", porque todo se conchitará para anular su pujanza e impedir su floración y pocas porque las escasas de vigor ni aún sostenerse pueden.

Eso es lo que pide y da el terreno y así es cómo se vive en él. Si algo se desarrolla lo ha de hacer contra viento y marea y pobremente, por confabulación entrañable de todas las dificultades posibles.

SIESTA

En la callejuela de mi corralón,
corralizas pobres, tapiales hundidos,
llevan las madruca pajas a los nidos,
y un galgo, estirado, se hace el dormilón.

Cae el sol a plomo, la tierra se abrasa,
abate el silencio, ciega el resplandor,
garlean las gallinas, ahuecan las alas
y zumba, pesado, negro moscardón.

Contra el esquinazo de la callejuela,
un mendigo viejo deja su garrote,
busca un canto gordo para cabecera
y se tumba, muerto, sobre su capote.



Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 6
Alcázar de San Juan - 1974